

EL FOLKLORE NICARAGÜENSE

Por FRANCISCO PEREZ ESTRADA

EN el folklore hispanoamericano se encuentran las raíces de su personalidad más íntima. Este producto mestizo que resulta del cruce entre los indígenas y los hispanos tiene sus caracteres peculiares dentro de la comunidad hispana en cada sector regional americano.

La fusión de los diferentes elementos populares que forman el auténtico caudal cultural se pueden apreciar en el teatro como en la canción, en la superstición como en la fe.

Nuestro clásico drama folklórico, *El Güegüense*, es una equilibrada mezcla de socarrona burla indígena y de picaresca chanza española. Las canciones hispanas, al aclimatarse en nuestro suelo, tomaron nuevas modalidades, pero conservaron su carácter original hispano. Ello ha sucedido con los romances y las coplas. Igual cosa ha pasado con los cuentos, las supersticiones y el refrán.

Para tener una visión panorámica completa, aunque general, es preciso observar cómo y cuándo se desarrolla y manifiesta el folklore en Nicaragua. Al decir nicaragüense, no lo hago con intenciones chauvinistas, puesto que en el folklore no cabe nacionalismo, como no sea el de una simple modalidad, ya que es básica y sencillamente universal.

Por esta razón profundamente humana, la cultura hispana encontró semejanzas y cauces por donde desplazarse. Fray Bernardino de Sahagún hace notar la dirección y proximidad de los ritos indígenas con el católico. Artificios diabólicos, exclama fray Bernardino; pero, en el fondo, los indios respondían psíquicamente a una misma ansia y sentido humano.

¿Hasta dónde tomaron en cuenta esta circunstancia los misioneros españoles? No es posible precisar con exactitud la respuesta a esta pregunta; pero el misionero labró la sabia pedagogía que convirtió al indio por estos mismos cauces. Por él debía desplazarse la cultura española.

Derribados los ídolos, se instaló la cruz sobre los antiguos altares. Después de esta sumisión espiritual siguieron instalándose los nuevos aportes culturales hispanos para que se diera el fruto de mestizaje que es Hispanoamérica.

Una continua e íntima observación del pueblo campesino nicaragüense a través de siete años me ha llevado a la convicción de que la vida social del pueblo nicaragüense gira alrededor de la Iglesia, es decir de sus devociones. Por eso un mapa del folklore nicaragüense es arbitrario y convencional si se hace atendiendo a demarcaciones políticas o geográficas.

El campesino que forma las tres cuartas partes del pueblo nicaragüense dirige su mentalidad hacia las devociones, sus actividades agrícolas, sus mayores manifestaciones populares. Las siembras llevan nombres de santos. La siembra de San Antonio, de San Pedro. Igual cosa sucede con las cosechas. El maíz que se cosecha en junio ha dado origen a este refrán:

*Llueva bien o llueva mal,
por Santiago, yoltamal.*

Yoltamal es pan de maíz tierno.

Esta actitud espiritual tiene sus mejores manifestaciones en las fiestas patronales. Ellas llenan los límites del país, de norte a sur y de este a oeste. Así, se puede oír el relato de un milagro en el lugar más distante de donde sucedió. A las fiestas de San Jerónimo en Masaya, de la Virgen del Viejo en Chinandega, de Jesús del Resgate en Rivas, concurren promesanos de todo el país.

En estas ocasiones el pueblo de Nicaragua hace sus más típicas manifestaciones. Meses antes de la celebración de cada fiesta se inician *los ensayos de bailes*. Domingo a domingo, la guitarra y la marimba tejerán sobre el patio barrido y limpio la ingenua pero graciosa y hábil coreografía popular.

Meses antes también se dedicarán cerdos, gallinas, vacas, para pagar la limosna al santo festejado.



Durante estas fiestas se representan piezas teatrales de auténtico sabor colonial hispano. Yo he visto representar *El Güegüense*, *El gigante Goliar* (lucha de moros y cristianos), lo mismo que bailes donde la máscara representa al conquistador y la misma danza es una remembranza de épocas antiguas. El día de San Juan, por ejemplo, se puede ver una curiosa mezcla de baile español con sabor indígena. Como detalle importante, se puede notar una semejanza no probada todavía con el baile que en España se llama *caballets*.

Es pintoresca y reveladora la deformación que hace el pueblo de sus devociones. Un ejemplo bastará. En Juigalpa, pueblo del Departamento de Chontales, se celebra pomposamente a San Sebastián. La fuerte fe popular no vacila en sacrificar su economía ni en ofrecer una promesa como la de caminar de rodillas largas distancias; pero a la hora de cantar le dirá al mismo santo de su devoción:

*San Sebastián «de Milán»
no murió por santo,
sino por enamorado.*

Pero, fuera de la devoción religiosa, en su vida social, el pueblo nicaragüense es profundamente creyente. Sus actividades, siempre elementales, se desarrollan alrededor de la iglesia. Cuando la esposa declara estar en cinta, busca al que ha de ser compadre, quien desde el momento es un miembro respetable de la familia. Bautizo, casamiento, muerte, corrida del muerto, vela del velo, para del madero.

Todas estas «costumbres», como las llaman ellas, tienen un ritual pintoresco con intenciones de la más severa etiqueta. Ello no obsta para que la guitarra y la marimba estén siempre presentes y se canten bellas y finas coplas como ésta:

*Aquí me tenes parado
como garcita en laguna,
como querés que me vaya
sin esperanza ninguna.*

